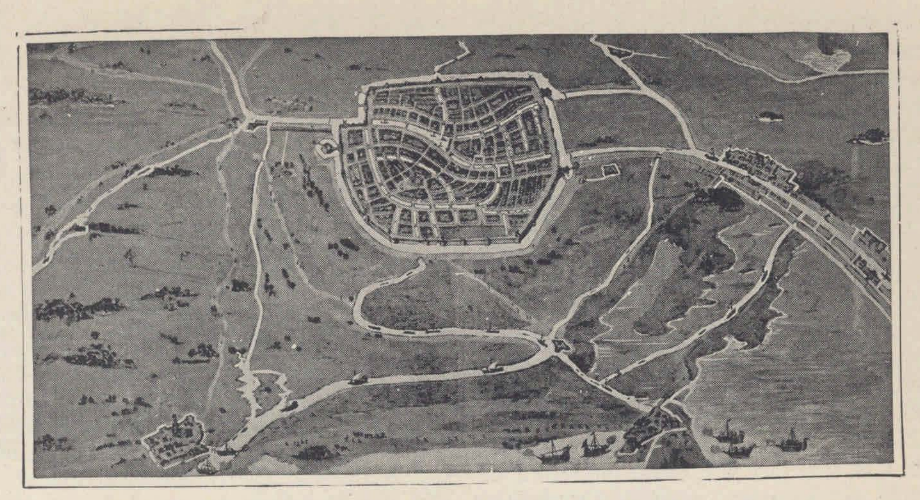


CÓMO HOLANDA DEBIÓ SU SALVACIÓN AL MAR

SITUADA entre prados, huertos y jardines, y regada por el Rin que corre por sus calles en numerosos canales, Leiden era, en 1574, una ciudad hermosísima. El país entero se hallaba entonces en guerra con los españoles, y como los habitantes de Leiden no quisieran someterse, enviaron contra ellos un ejército al mando de Valdés, quien sitió la ciudad. Animados a resistir por el Príncipe de Orange, la valiente y reducida guarnición cerró las puertas de la ciudad, y los habitantes fueron puestos a ración.

Sabido es que el suelo de Holanda está más bajo que el nivel del mar, el cual se halla contenido por grandes diques, que le sirven de barrera para que no inunde el país. Ahora bien, el príncipe pensó en la manera de salvar a los sitiados; pero estando los españoles alrededor de la ciudad y a lo largo de la costa, no le ocurrió más que un medio: no podía enviar sus buques a Leiden por mar, pero podía enviar el mar a Leiden y de esta manera conseguiría que el océano mismo se encargase de arrojar a los españoles. Perforaría, pues, los diques, abriría las compuertas, y Holanda se salvaría. El pueblo aceptó gustoso este procedimiento, diciendo «mejor es ver la tierra anegada, que perdida».

Según esto, en Agosto de aquel año se rompieron los diques de la costa, y las aguas avanzaron extendiéndose por el país hasta la ciudad, próxima a sucumbir. El ejército español vió, al principio con sorpresa, y después con alarma, que el agua iba subiendo incesantemente entre los diques. Equipada una flota holandesa, compuesta de 200 bajeles, fué enviada a la ciudad; pero ésta se hallaba tan bien protegida, que no pudieron llegar a ella en varias semanas.

Primero fué tomado y perforado un fuerte dique, a unos ocho kilómetros de la ciudad. Navegaron los botes por las aberturas, pero el dique inmediato todavía se encontraba a unos treinta centímetros encima del agua, y cuando se abrió brecha en él, el agua de la otra parte no tenía fondo suficiente para que en ella flotasen los botes; además, no pudieron pasar por un canal que tenían muy bien guardado los españoles... y mientras tanto Leiden estaba a punto de perecer. La valiente flotilla fué rechazada, porque el viento soplaba en sentido contrario a la ciudad.

Con todo, el 8 de Septiembre se

levantó un viento Noroeste, que sopló durante tres días, acercando cada vez más las aguas a los muros. Retiráronse entonces los españoles a medida que avanzaban las ondas con la flotilla holandesa. Hubo todavía otra larga dilación, debida al viento del Este; y, no obstante, los sufridos ciudadanos, flacos, extenuados y atormentados por la fiebre y la peste, seguían resistiendo. Algunos de ellos reprocharon al burgomaestre, porque en tales circunstancias no quería capitular; pero éste, sin desmayar en su valor y patriotismo, respondió: « Sé que hemos de morir si no recibimos pronto auxilio; pero es preferible la muerte por extenuación a la muerte deshonrosa, única alternativa que se nos ofrece. Mi vida está a vuestra disposición; mas no se hable de rendirse mientras yo viva ».

Estas palabras reanimaron al pueblo. Por entonces penetró en la ciudad una paloma, mensajera de buenas esperanzas, y el primero de Octubre, el viento volvió a arrojar las aguas hacia la ciudad. En ellas iba la flotilla de socorro, que tuvo un duro encuentro con los españoles, cuyos botes echó a pique. Con eso, la flotilla holandesa se hallaba ya a algunos centenares de metros, y los hombres, saltando de sus barcos, llevaron en hombros las embarcaciones por los bajíos. Un solo fuerte de los sitiadores quedaba por tomar, y a la caída de la tarde, los sitiados vieron que salían luces de él y que aquellos huían por las aguas.

A la mañana siguiente vieron un muchacho en la cima agitando frenéticamente la gorra. Era un holandés que había visto retirarse a los españoles. Así pudieron entrar en el fuerte, y la flota paseó a lo largo de los muelles, echando pan a la hambrienta muchedumbre. Hombres, mujeres y niños se encaminaron a la catedral, a dar gracias a Dios por haberles librado de sus enemigos, y como recuerdo de gratitud, al año siguiente fundaron la famosa Universidad de Leiden.

LA SUBIDA AL MONTE CAPITOLINO

EN otro lugar de esta obra hemos visto cómo fué tomada y saqueada Roma por los galos. Pues bien, en la historia de aquel terrible desastre para la gran ciudad, sobresale la de un romano de los más valientes que vivieron por entonces. Cuando Roma fué sitiada, hallábase fuera de la ciudad uno de sus más hábiles generales, acusado falsamente de haber tomado más botín del que le pertenecía por la conquista de Veyes, lugar próximo a la capital.

Enojado y disgustado con el tratamiento recibido, Camilo había trasladado su domicilio a Ardea, ciudad que, gracias a su astucia, se había librado de la destrucción, al ser invadida por los galos. Cuando los romanos conocieron esta hazaña, se arrepintieron, diciendo: « Si estuviera aquí Camilo, podría salvar nuestra ciudad del terrible Breno ». Enviáronle, pues, un mensaje, rogándole que volviese y les ayudase. Pero Camilo, hombre orgulloso y altivo, se negó, diciendo que era un desterrado, y que para volver a Roma necesitaba un decreto del Senado.

Ahora bien, los senadores que aún vivían estaban sitiados en el Capitolio, que se levanta en el Monte Capitolino, y no podía llegarse a ellos sin pasar por las líneas de los galos; mas un joven patriota romano, Poncio Cominio, se prestó a desempeñar esta misión.

Vestido de aldeano, y con corchos alrededor del cuello para mantener la cabeza fuera del agua, se sumergió una obscura noche en el Tíber, y se dejó llevar corriente abajo, hasta llegar al pie del Monte Capitolino. Faltaba todavía la parte más peligrosa de la aventura, puesto que Cominio había de subir al Capitolio. Descalzo y cauteloso para no ser sorprendido por algún centinela galo, empezó a trepar montaña arriba, agarrándose al musgo, a los troncos de las cepas, a las puntas de las rocas, hasta que, al fin, llegó a

las murallas. Allí se dió a conocer por su nombre y fué inmediatamente rodeado por sus compatriotas. Entonces les dijo que Camilo sólo esperaba el decreto del Senado para correr en su ayuda, y los pocos senadores que quedaban, votaron inmediatamente al desterrado como dictador, y Cominio bajó al instante la montaña, escapando afortunadamente de ser descubierto por los galos.

Aunque había logrado llegar sano y salvo, los galos notaron que alguien se había arrastrado por el suelo y que habían sido removidas algunas piedras, y por todo esto determinaron atacar de noche el Capitolio. Emprendido el ataque, vieron que el centinela estaba dormido; pero los graznidos de los gansos del Capitolio avisaron a los ciudadanos, y éstos rechazaron el ataque. A pesar de todo, los sitiados, desfallecidos y sin medio de resistencia, se vieron en la precisión de entrar en tratos con Breno. Ya se estaban discutiendo las condiciones, cuando apareció Camilo con sus soldados, exclamando: « Con hierro, no con oro, guardan los romanos su país ».

Poco después los galos fueron rechazados, y los romanos reconocieron que debían su salvación al valiente Cominio, gracias al cual había ido Camilo a libertarlos.

UN BUZO VALIENTE

ESTABA haciendo prácticas un torpedero, un día de verano, cuando, estallando el propulsor, perforó la coraza, abriendo en el barco una vía de agua.

Fueron en su ayuda algunos barcos, pero el torpedero se hundió al cabo de media hora. La tripulación, temiendo que explotase la caldera, se había refugiado en los botes, y allí, a unos 40 metros de profundidad, quedó la embarcación sepultada, hasta que se decidió enviar algunos buzos para examinarla.

Adelantáronse dos bravos marineros, y al declinar aquel día de verano, provistos de sus escafandras, se encaminaron al lugar en que se hallaba el buque sumergido.

Bajó uno de ellos y no tardó en avisar por teléfono que había encontrado el torpedero. Se le dijo que tomase nota del daño ocasionado y que avisase cuando podía subírsele.

Pero llegaron los veinte minutos, tiempo máximo en que sin peligro puede permanecer un buzo a tal profundidad, sin que llegase la señal convenida y esperada. ¿Qué habrá sucedido? Los hombres que se hallaban en el bote para subirle, tiraron de la cuerda salvavida diferentes veces: pero lo único que pudieron comprobar fué la existencia de un cuerpo pesado.

El otro buzo, que se hallaba con ellos en el bote, como más conocedor del asunto, afirmó que algo grave debía haber ocurrido a su compañero. Persuadido de ello, le telefoneó preguntándole qué le sucedía, y con verdadero terror oyó que las cuerdas estaban trabadas y que el buzo no podía desenredarlas. Esto significaba que su compañero estaba preso como una mosca en la tela de una araña, y que no podía alejarse del buque sumergido.

Sin vacilar un momento, se deslizó por la banda del bote, y bajó al lugar en que debía hallarse su compañero, a quien encontró de pie en el fondo, con la cuerda y el tubo respiratorio enredados a los restos del naufragio. Sin perder momento, empezó a trabajar con todas sus fuerzas por libertarle.

Cada instante que pasaba aumentaba el peligro, por cuanto el primer buzo había empleado ya todo el aire respirable, y si no conseguía libertarlo pronto, desfallecería y moriría sin remedio. Por su parte, el último buzo se iba sintiendo cada vez más débil, y a pesar de ello sabía perfectamente que de su destreza y habilidad dependía la vida de su compañero. Hubo un momento en que consideró inútil trabajar por más tiempo, pero luego pensó: « No, no puedo abandonar a mi compañero. He de

salvarle: no debo dejarle abandonado a sí mismo», y continuó luchando pacientemente.

Al fin, el pobre buzo quedó libre, a tiempo que su salvador, al dar la señal de que los subiesen, caía desmayado. Empezaron los hombres a elevar a los dos buzos muy despacio, a fin de que al salir, la abundancia repentina de aire fresco y puro, no les hiciese daño. Cuando éstos se vieron libres de la escafandra, el libertador fué volviendo en sí paulatinamente, pero su pobre compañero, por quien tanto se había arriesgado, estaba tan desfallecido que murió al día siguiente.

Con todo, el acto de valor y lealtad de su compañero, le libró de la terrible muerte en medio de las tinieblas y de la soledad del fondo del océano.

INTRÉPIDA ACCIÓN DE UN REY NIÑO

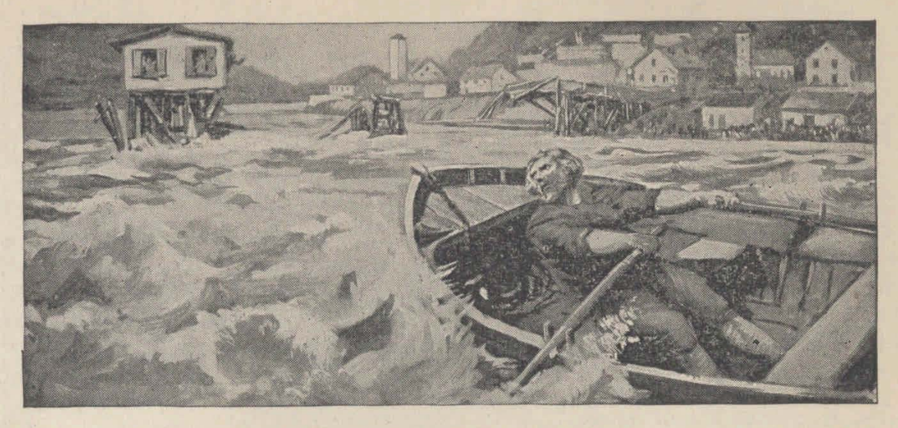
ISABEL de Inglaterra, desde niña mostró ya la independencia de carácter que tan notable hizo su reinado. Juntos jugaban ella y su hermanastro Eduardo, que contaba cuatro años menos; pero, cuando crecieron más y fueron separados, el solitario niño echó de menos la compañía de su vivaracha hermana, a la que llamaba su «dulce hermana Templanza». No contaba más que diez años cuando fué coronado rey, y después de haber subido al trono, rara vez vió a Isabel: hubo de contentarse con escribirle afectuosas cartas.

A la edad de doce años, salvó la vida de Isabel. Cierto día en que el Támesis iba crecido, se empeñó la princesa en montar el caballo de su hermano, animal no del todo amaestrado. El corcel salió disparado en dirección al río, y, saltando el muro de palacio, cayó al agua. Sobresaltado al oir el tumulto que el suceso había ocasionado, corrió el rey a averiguar si había ocurrido alguna desgracia, y al saber lo que le acababa de suceder a Isabel, tomó al punto otro caballo y haciéndole galopar, saltó también sobre el muro al río. No obstante ser muy buen jinete, necesitó poner en juego todos sus esfuerzos para llegar hasta su hermana. Una vez alcanzada, procuró Isabel saltar al caballo del rey; pero falló y cayó al agua. Sumergióse él tras ella, y habiendo conseguido sujetar su propio caballo, le obligó a que nadara con ellos a fuerza de caricias, mientras él sostenía a Isabel, y por fin, los tres llegaron a la orilla sanos y salvos.

UN MUDO QUE HABLA PARA SALVAR A SU PADRE

EL opulento romano Creso, tenía un hijo mudo a quien ningún médico había podido dotar del uso de la palabra. Apto, no obstante, para luchar en favor de su patria, como simple soldado, se unió a una expedición de los romanos contra los persas, mandada por su mismo padre; teniendo la desgracia de perder la batalla y de ser hechos prisioneros ambos. Los persas no conocían a Creso, aunque procuraban descubrirlo, y era difícil también reconocerle entre los demás, porque se había mezclado entre la muchedumbre de los prisioneros. Pero uno de los soldados se le acercó airadamente con intención de matarle, así como los otros desahogaban su rencor en los demás infortunados romanos; mas vióse en esto acercarse al hijo de Creso, el cual, haciendo un esfuerzo sobrehumano, dijo confusamente: «No le matéis. Ese es Creso».

El hecho, al parecer increíble, está tomado de la historia y parece rigurosamente comprobado. Demuestra lo que puede un arranque poderoso, un esfuerzo sobrehumano, para pronunciar aquellas palabras con las que el hijo quería salvar a su padre.



EL LABRIEGO EN UNA GRAN CRECIDA

HACE más de un siglo que en la región de Verona se experimentaron terribles crecidas e inundaciones a causa de enormes nevadas en los Alpes seguidas de un rápido deshielo. Los ríos bajaban impetuosos y rugientes de las faldas de las montañas, salíanse de madre y arrollaban cuanto a su paso se oponía. Entre otras desgracias que ocurrieron, lleváronse las aguas un puente del Adigio, pero no todo, pues dejaron en pie la parte central de él sobre la cual estaba edificada la casita del peajero, quedando así éste y su familia en una especie de islita de madera que de un momento a otro podía ser arrastrada por el enfurecido torrente.

El peajero con su mujer y sus hijos asomábanse a las ventanas de la casuca, agitando desesperadamente sus brazos en demanda de socorro y gritando para pedir auxilio a los que desde lejos los miraban. Pero aunque muchos de estos deseaban socorrerlos, ninguno se atrevía a cruzar la impetuosa corriente.

El conde de Pulverini, noble del país, llegó a la orilla y ofreció cincuenta libras a quien salvase a la familia; pero no había quien tuviese el valor de acometer tan peligrosa empresa.

En aquel momento un labriego de otra parte del país que llegaba de viaje, se acercó al río, y viendo el extremo peligro del peajero y su familia, saltó a un bote y empuñando los remos bogó hacia la casa del puente destrozado. Como la corriente era terrible, necesitó aquel valiente esfuerzos y valor sobrehumanos para llegar después de mucho tiempo a los rotos pilares del puente que sostenían la casuca.

—Ánimo, amigos—gritó a la amenazada familia para darles confianza; y, por fin, pudo colocarlos a todos en el bote.

Faltaba sólo el viaje de retorno, más peligroso que el de ida, porque el bote iba cargado; pero si la fuerza y destreza del labriego eran grandes, mayores eran aún su determinación y valor; así, que, por fin, pudo desembarcar a todos felizmente en la orilla.

La multitud prorrumpió en exclamaciones, y el conde se adelantó con la recompensa prometida; mas el labriego, cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros aunque su bravura y sublime abnegación vivirá siempre en los anales de los hechos heroicos, rehusó el regalo diciendo :

—No he expuesto mi vida por dinero. Puedo trabajar para subvenir a mis necesidades y a las de mi mujer e hijos. Dad el dinero a esos pobres que lo han perdido todo.

Y así aquel hombre esforzado, no sólo salvó a la familia del peajero, sino que con su generosidad les proporcionó dinero con que formar un nuevo hogar.

CAMPESINA Y EMPERATRIZ

LA HIJA DE UN POSADERO, MADRE DE UN GRAN EMPERADOR

HAY en el palacio del Vaticano y debajo de su inmensa cúpula, dos magníficos sepulcros. Guarda el uno los mortales despojos de la hija de Constantino y el otro el cuerpo de Santa Elena, madre de este emperador.

Nació Elena de padres muy humildes. Regentaba su progenitor una modesta posada y su hija, además de estar al cuidado de las vacas y de las cabras, ayudábale en los quehaceres del establecimiento. El lugar de su nacimiento fué, durante muchos siglos, objeto de discusión entre los eruditos, pues mientras unos creían que nació en Inglaterra, otros aseguraban que vió la luz en un pueblecito de Bitinia, perteneciente a la antigua división del Asia Menor. Allí fué donde, en la plenitud de su juventud y su hermosura, atrajo las miradas de un gran oficial del imperio romano llamado Constancio Cloro. La hija del posadero conquistó el corazón del oficial romano, quien, haciendo caso omiso de su alta jerarquía se casó con ella.

El nobilísimo caballero y su esposa, de plebeyo origen, vivieron contentos y dichosos, y en el año 274 dió a luz la esposa un varón que llegó a ser, más tarde, el famoso emperador, conocido en la Historia con el nombre de Constantino el Grande. Hasta entonces Constancio Cloro, aunque era uno de los nobles más distinguidos del imperio, no había sido más que gobernador, y, hacia el año 292, sintió Elena una amarga y profunda pesadumbre. El gran imperio romano había sido dividido en cuatro partes, y Constancio Cloro, elegido monarca de una de ellas, que comprendía las Galias, España y Bretaña. Pero era necesario escoger entre la esposa que adoraba y la corona que debía ceñirse, y el emperador Maximiano, que era quien le ofrecía la corona, dábale también la mano de su hija Teodora. Las leyes del imperio eran en este punto terminantes. Los emperadores romanos habían de desposarse con mujeres de elevada alcurnia, y Constancio, para obtener la dignidad más alta del imperio, divorcióse de la pobre Elena y se unió a Teodora.

Veinte años contaba Constantino, cuando acontecieron estos sucesos. Su dolor no debía de tener límites al considerar el desprecio con que era tratada su adorada madre, pues ni siquiera quiso acompañar a su padre en la ceremonia de tomar la nueva dignidad de que había sido revestido, sino que permaneció al lado de su madre hasta que, más tarde, marchóse a guerrear por su propia cuenta y como simple soldado, llegando a ser uno de los capitanes más famosos de su siglo, sin haber recibido nunca ningún auxilio por parte de su padre. Constancio, sin embargo, no pudo sufrir por más tiempo tan cruel separación, y escribió a su hijo suplicándole que fuera a su lado. Obedeció Constantino, que emprendió un viaje erizado de terribles peligros, y unióse a su padre en Bolonia. Dirigiéronse juntos a Inglaterra, y cuando su padre murió en York, en el año 306, Constantino fué proclamado por sus soldados emperador de Roma.

Uno de los primeros actos del nuevo monarca fué el elevar a su madre a una dignidad igual a la suya. Hízola emperatriz; y la antigua campesina fué amada y respetada de todos sus súbditos. Pero Santa Elena, como la llamamos hoy, había sido hasta entonces pagana. Continuaba en Roma la persecución de los cristianos con ensañamiento feroz y la emperatriz no pensaría seguramente en hacerse cristiana nunca. Su conversión fué el resultado de un extraño suceso que el mismo Constantino parece también haber creído. Antes de que pudiese

llevar el orden y la paz al romano imperio, muchas fueron las batallas que tuvo que librar, y en una de ellas, Constantino vió una cruz de fuego en el cielo con las siguientes palabras: *Con este signo vencerás*, y considerándolas como un aviso de Dios, hízose cristiano. Desde entonces el imperio romano, del cual Constantino era señor absoluto, abrazó el Cristianismo como la religión única y verdadera; y las legiones romanas llevaban todas en sus estandartes la cruz del Redentor.

La conversión de su hijo fué causa de la conversión de Elena, que salió del retiro en el cual hasta entonces había vivido y dedicóse a practicar toda clase de actos de piedad cristiana. Cuando ya tenía cerca de ochenta años, emprendió una peregrinación a Tierra Santa y descubrió el Santo Sepulcro y la Cruz. Dícese que hizo dividir ésta en dos partes, dejando una al obispo de Jerusalén, y enviando la otra a su hijo. Elena permaneció en Palestina durante algún tiempo, y edificó iglesias en Belén y en el Monte de los Olivos. Visitó muchas de las iglesias de Oriente, dotándolas a todas con mano pródiga y entregando innumerables limosnas a los pobres dondequiera que fuese.



VISIÓN DE SANTA ELENA

Regresó, al fin, de sus largos viajes y murió en brazos de su hijo en el año 328, cuando había cumplido ya los ochenta. Ordenó Constantino que se llevase a Roma con toda solemnidad el cadáver de su madre y que se la enterrase rindiéndola los más altos honores. La pobre campesina de otros tiempos había surgido de la pobreza y de la humildad, para ocupar el alto sitial de esposa de uno de los más grandes hombres del imperio; luego volvió a quedar sumida en una oscuridad tan completa como la que la había envuelto en su infancia, y algo más tarde, debido al respeto y al cariño entrañable de su ilustre hijo, llegó a ser la primera dama del imperio y la figura de más relieve dentro de la iglesia cristiana. Y muerta ya, vedla que yace entre las figuras más grandes de la nación, que extendió su dominio sobre todo el mundo conocido. Después de su muerte fué Elena canonizada por la Iglesia, es decir, que la Iglesia se convenció de que había vivido una vida tan sencilla y pura, que se la debía considerar como una santa. He aquí por qué se la llama hoy Santa Elena. De ella han tomado su nombre muchos templos ingleses, especialmente en el condado de York, donde se cree, no sin fundamento, que nació Constantino. Entre otras muchas iglesias de este condado hállanse las que llevan el nombre de Santa Elena, en Escrick, Stillingfleet, Wheldrake, Thorganby y Skipwith.

Hay que mencionar ahora una ironía harto extraña. Había en el mismo condado de York, antes de la Reforma, una vieja iglesia edificada encima de la muralla de la ciudad. En esta iglesia

yace el cuerpo de Constancio Cloro, padre de Constantino el Grande y esposo de Santa Elena. Pero nadie pensó jamás en él, sino en la buena campesina a quien se tenía continuamente en la memoria. Dieron a dicho templo el nombre de Santa Elena y nunca dedicaron un solo pensamiento al difunto emperador, que yace en una urna en el interior de la iglesia, la cual lleva el nombre de la pobre mujer a quien en la hora de su triunfo despreció Constancio, creyéndose mucho más elevado que ella.

ORGULLO DE CACIQUE

ENTRE los caciques de Acarí y de Atiquipa, que nacieron cuando ya la conquista española había echado raíces en el Perú, reinaba en 1574 la más encarnizada discordia, a punto tal que sus vasallos se rompían la crisma, azuzados, se entiende, por los curacas rivales.

Era el caso que el de Atiquipa no se conformaba con que las fértiles lomas estuviesen bajo su señorío, y pretendía tener derecho a ciertos terrenos en el llano. El de Acarí contestaba que, desde tiempo inmemorial, su jurisdicción se extendía hasta la falda de los cerros, y acusaba al vecino de ambicioso y usurpador.

La autoridad española, que no podía consentir en que el desorden aumentara en proporciones, se resolvió a tomar cartas en la querella, amén de que el poderío de los caciques más era nominal que efectivo; pues a la política de los conquistadores convenía aún dejar subsistentes los cacicazgos y demás títulos colorados, rezagos del gobierno incásico.

El corregidor de Nazca mandó comparecer ante él a los dos caciques, oyó pacientemente sus cargos y descargos, y los obligó a prestar juramento de someterse al fallo que él pronunciara.

Dos o tres días después, sentenció en favor del cacique de Acarí y dispuso que, en prueba de concordia, se celebrase un banquete al que debían concurrir los indios principales de ambos bandos.

El de Atiquipa disimuló el enojo que le causara la pérdida del pleito; y el día designado para el banquete de reconciliación estuvo puntual, con sus amigos y deudos, en la plaza de Acarí.

Había en ella dos grandes mesas en las que se veía enormes fuentes con la obligada *pachamanca* de carnero, y no pocas tinajas barrigudas conteniendo la saludable *chicha de jora*, mil veces preferible, en el gusto y efectos sobre el organismo, a la amarga y abotargadora cerveza alemana.

Ocupó una de las mesas el vencedor con sus amigos, y en la fronteriza tomaron asiento el de Atiquipa y los suyos.

Terminada la masticación, humedecida, por supuesto, con frecuentes libaciones, llegó el momento solemne de los brindis. Levantóse el de Atiquipa, y tomando dos *mates* llenos de chicha, avanzó hacia el de Acarí y le dijo:

—Hermano, sellemos el pacto brindando por que sólo la muerte sea poderosa a romper nuestra alianza.

Y entregó a su antiguo rival el mate que traía en la derecha.

No sabré decir si fué por aviso cierto o por sospecha de una felonía por lo que, poniéndose de pie el de Acarí, contestó mirando con altivez a su vencido adversario:

—Hermano, si me hablas con el corazón, dame el mate de la izquierda, que es mano que al corazón se avecina.

El de Atiquipa palideció y su rostro se contrajo ligeramente; mas fuese orgullo o despecho, al ver abortada su venganza, repúsose en el instante y con pulso sereno pasó el mate que el de Acarí le reclamara.

Ambos apuraron el confortativo licor; mas el de Atiquipa, al separar sus labios del mate, cayó como herido por un rayo.

Entre el suicidio y el ridículo de verse nuevamente humillado por su contrario, optó sin vacilar por el suicidio, apurando el tósigo que traía preparado para sacrificar al de Acarí.